

La difícil posguerra

DE IRAK

LOS ATENTADOS CONTRA LA SEDE DE LA ONU EN BAGDAD Y EL LÍDER DE LA COMUNIDAD CHÍ COMPLICAN AÚN MÁS LA RECONSTRUCCIÓN DEL PAÍS

La posguerra en Irak está siendo más difícil de lo que se esperaba. Hay demasiadas cuestiones militares, políticas, económicas y sociales que resolver. Casi cuatro meses después de que George Bush diese oficialmente por concluida la campaña militar que permitió el derrocamiento del dictador Saddam Husein, las fuerzas de la coalición —tanto militares como civiles— tienen por delante un duro y nada fácil trabajo. Los movimientos iniciales de oposición contra los extranjeros —desde el pasado mes de mayo han muerto cerca de 100 soldados estadounidenses y han resultado heridos más de 500— se han convertido en acciones de grupos organizados, como el atentado contra la sede de las Naciones Unidas en Bagdad el pasado día 20 de agosto y que costó la vida a 23 personas —entre ellas, el capitán de navío español Manuel Martín-Oar y el representante especial de la ONU, Sergio Vieira de Mello— o el asesinato el 30 de agosto del ayatolá chiíta Mohamed Baquer al Hakim.

VIOLENCIA

Y no es nada sencillo encontrar a los culpables. Además de los seguidores de Saddam Husein —todavía no se ha detenido al dictador—, los servicios de inteligencia sospechan que se han instalado en Irak células de Al Qaeda y de otros grupos de *fedayines* abundantes en una zona acosada por radicalismos y enfrentamientos religiosos. A todo ello hay que sumar la inseguridad propia de un país con una población mayoritariamente pobre, con fácil acceso a las ar-

mas, grupos mafiosos locales y donde la caída del anterior régimen hizo desmoronarse toda la estructura del Estado. Evidentemente, la autoridad provisional de la coalición, con el estadounidense Paul Bremer a la cabeza, ha dado pasos importantes (a principios de agosto se eligió la presidencia colegiada del nuevo Consejo de Gobierno iraquí), pero la reconstrucción será más larga y compleja de lo previsto.

El día 8 de septiembre, el presidente estadounidense anunció a su pueblo que la puesta en marcha de las infraestructuras de un nuevo Irak costará al menos 80.000 millones de dólares en los próximos cinco años. Días antes, la Casa Blanca había propuesto en la ONU elabo-

rar una resolución que autorice la formación de una fuerza multinacional en Irak bajo bandera de la ONU.

A corto plazo, el objetivo es garantizar la seguridad de las tropas desplegadas y del pueblo iraquí. Por ello, en los primeros días de septiembre se han acelerado las conversaciones entre las autoridades locales y los miembros de la coalición para crear una Policía iraquí o, al menos, compartir las labores policiales entre funcionarios locales y tropas extranjeras hasta que el país pueda funcionar con cierta normalidad.

Lo que desde mediados de abril comenzó como escaramuzas y ataques contra las tropas estadounidenses y británicas o sabotajes a instalaciones eléc-

tricas y oleoductos se ha tornado en los últimos meses en dramáticos atentados contra cualquier institución extranjera. Cuando el 7 de agosto un artefacto explotó junto a la fachada de la embajada de Jordania en Bagdad arrasando la legación y matando a 17 personas (todas ellas iraquíes) sonó por primera vez la voz de alarma: el terrorismo iba a complicar y teñir de sangre inocente la transición iraquí. Tan sólo 12 días más tarde, el 19 de agosto, los temores se confirmaron. Eran las 16.30 horas en Bagdad (14.30 hora local española) cuando el edificio del hotel Canal, sede de las Naciones Unidas en la capital iraquí, sufrió la terrible sacudida de cientos de kilos de explosivos. Habían sido transportados en una camión de cemento que un terrorista suicida hizo estallar junto a uno de los muros del edificio, justo bajo la ventana de la habitación donde el representante

de las Naciones Unidas en Irak, el brasileño Sergio Vieira de Mello, celebraba una reunión con otros funcionarios internacionales. En el hotel Canal trabajaban unas 300 personas, muchas de ellas iraquíes contratados por la ONU, pero en su mayoría eran funcionarios de muy diversas nacionalidades especializados en programas de reconstrucción. Por deseo expreso de la ONU, el edificio no contaba con protección militar pues se quería demostrar a los iraquíes su carácter de organismo civil. En total hubo 23 muertos, 2 desaparecidos y más de 100 heridos. Entre las víctimas mortales estaban Sergio Vieira de Mello, el capitán de navío español Manuel Martín-Oar, el coordinador de Unicef en Irak, Christopher Klein-Bekman, y resultó gravemente herido el director general del programa Petróleo por alimentos, Benon Sevan.

CONSTERNACIÓN

«Todos en Naciones Unidas estamos conmocionados por este ataque» —afirmó el secretario general de la organización, Kofi Annan, quien suspendió sus vacaciones en Helsinki y regresó a su despacho de Nueva York—. «Nada puede excusar este acto de violencia asesina contra hombres y mujeres que



Uno de los frentes de la sede de la ONU en Bagdad quedó en ruinas por la acción de cientos de kilos de explosivos.

Español asesinado en Bagdad

EL capitán de navío Manuel Martín-Oar murió el pasado 20 de agosto en el atentado terrorista contra la sede de la ONU, en Bagdad. El militar español —el primero que fallece en Irak— trabajaba en el Cuartel General de la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA), integrado en el Consejo de Cooperación Internacional encargado de las relaciones con las Naciones Unidas y las organizaciones no gubernamentales.

Sus restos mortales llegaron a la base naval de Rota a primera hora de la tarde del 21 de agosto en un avión *Boeing 707* de la Fuerza Aérea Española. Acompañando el féretro viajaban su hijo mayor, uno de sus cuñados, el secretario de Estado de Defensa y comisionado del Gobierno para la reconstrucción de Irak, Fernando Díez Moreno, y el embajador en misión especial para la zona, Miguel Benzo Perea. El funeral y el entierro se celebraron en el pueblo gaditano de El Puerto de Santa María con asistencia, entre otras autoridades, de los ministros de Exteriores, Ana Palacio, y Defensa, Federico Trillo-Figueroa, quien concedió a título póstumo la Cruz al Mérito Naval, con distintivo amarillo.

El caos que se produjo en los alrededores del hotel Canal tras la explosión dio lugar a unas primeras informaciones confusas sobre el estado del capitán de navío. La ministra de Exteriores, Ana Palacio, compareció el 28 de agosto a petición propia ante el Congreso para expli-



Capitán de navío Manuel Martín-Oar, fallecido en Bagdad el 19 de agosto.

car con detalle las circunstancias que rodearon la muerte del militar español. «Es cierto que las informaciones proporcionadas en las primeras horas desgraciadamente no reflejaron la penosa realidad del fallecimiento del capitán de navío Martín-Oar. Soy la primera en lamentarlo, especialmente ante sus familiares y allegados, por las expectativas tan dolorosamente truncadas», manifestó. A la confusión contribuyó, según expuso la ministra, la condición de civil que detentaba el militar fallecido y el hecho de que tanto el embajador en misión especial como la Embajada de España en Bagdad orientasen su esfuerzos en la búsqueda y localización de un herido y no de alguien que había fallecido ya. Ana Palacio destacó la colaboración recibida por las autoridades norteamericanas y, en especial, del secretario de Estado, Colin Powell, con quien la ministra habló en tres ocasiones durante el 20 de agosto.

Según el relato ofrecido en el Congreso, el capitán de navío Martín-Oar salió del edificio por su propio pie, cubierto de polvo y con heridas en los brazos. En el lugar del atentado recibió ayuda del ingeniero español López-Oribe, quien le aplicó un torniquete en un brazo para contener la hemorragia antes de dejarlo en manos de los servicios médicos estadounidenses que acudieron al escenario de la tragedia. «Esta información dada por el último compatriota que lo vio con vida fue la que el Minis-

terio de Defensa y la Oficina de Información Diplomática trasladó a la familia y a la opinión pública —aclaró la ministra—. Sin embargo, tras unos primeros momentos en los que la vida de nuestro compatriota no parecía correr peligro, sufre un traumatismo craneoencefálico y una fuerte hemorragia interna provocada por la explosión, a resultas de la cual fallece».

La tarde del 20 de agosto, un helicóptero español transportó los restos mortales del capitán de navío Martín-Oar a la ciudad de Basora, donde fueron recogidos esa misma madrugada por un *Boeing 707* de las Fuerzas Armadas españolas para trasladarlo hasta España.

El caos que se produjo en los alrededores del hotel Canal tras la explosión dio lugar a unas primeras informaciones confusas sobre el estado del capitán de navío. La ministra de Exteriores, Ana Palacio, compareció el 28 de agosto a petición propia ante el Congreso para explicar con detalle las circunstancias que rodearon la muerte del militar español. «Es cierto que las informaciones proporcionadas en las primeras horas desgraciadamente no reflejaron la penosa realidad del fallecimiento del capitán de navío Martín-Oar. Soy la primera en lamentarlo, especialmente ante sus familiares y allegados, por las expectativas tan dolorosamente truncadas», manifestó. A la confusión contribuyó, según expuso la ministra, la condición de civil que detentaba el militar fallecido y el hecho de que tanto el embajador en misión especial como la Embajada de España en Bagdad orientasen su esfuerzos en la búsqueda y localización de un herido y no de alguien que había fallecido ya. Ana Palacio destacó la colaboración recibida por las autoridades norteamericanas y, en especial, del secretario de Estado, Colin Powell, con quien la ministra habló en tres ocasiones durante el 20 de agosto. Según el relato ofrecido en el Congreso, el capitán de navío Martín-Oar salió del edificio por su propio pie, cubierto de polvo y con heridas en los brazos. En el lugar del atentado recibió ayuda del ingeniero español López-Oribe, quien le aplicó un torniquete en un brazo para contener la hemorragia antes de dejarlo en manos de los servicios médicos estadounidenses que acudieron al escenario de la tragedia. «Esta información dada por el último compatriota que lo vio con vida fue la que el Minis-

NAYAF

Aún sonaban los ecos del terrible golpe sufrido por las Naciones Unidas en Bagdad cuando la comunidad chiíta, tradicional enemiga de Sadam Husein, padecía en carne propia la zarpa del terrorismo. El ayatolá Mohamed Baquer al Hakim, de 63 años, el líder político-espiritual más importante de los chiítas en Irak y caracterizado por su talante moderado y negociador, moría el pasado 29 de agosto en un terrible atentado que costó la vida a 83 personas más e hirió a cerca de 200. En un acto simbólico contra los practicantes de esta rama del islam, el ataque se produjo en el principal lugar sagrado del chiísmo: el santuario del imán Alí, primo y yerno de Mahoma, situado en la ciudad de Nayaf.

Patrulla en las cercanías del hotel Canal horas después del atentado del día 19 de agosto.



Robert Schiller / EPA/EFE



Eduardo Almagro/EFE

Los ministros de Exteriores, Defensa y Administraciones Públicas, en el funeral del militar español.

El capitán de navío Manuel Martín-Oar Fernández-Heredia había nacido en Madrid en 1947. En 1967 ingresó en la Armada y su carrera militar estuvo muy unida a su condición de piloto naval. Durante varios años formó parte de la tripulación del portaaviones *Príncipe de Asturias*.

En la década de los noventa orientó su trayectoria profesional hacia el mundo de las misiones de paz, integrándose entre 1994 y 1995 en el Servicio de Planeamiento de Misiones de Paz de Naciones Unidas, en la sede de la organización en Nueva York. Siempre en el Exterior, en 1996 fue destinado a la Agregaduría Naval en París, y posteriormente al Cuartel General de la OTAN en Nápoles, donde coincidió con su actual jefe, el embajador Miguel Benzo Perea.

Interesado por el proceso de reconstrucción en Irak, Martín-Oar había solicitado voluntariamente ser incorporado como experto al Cuartel General de la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA). Allí ocupaba el puesto de adjunto al Embajador español y estaba integrado en el Consejo de Cooperación Internacional. Desde su cargo coordinaba el reparto de ayuda humanitaria en Irak y trabajaba en los preparativos de la Conferencia de Donantes que tiene previsto celebrarse en Madrid en octubre.

Su excelente nivel de inglés y francés le había permitido trabajar sin dificultades en destinos fuera de España. Una de sus mayores aficiones era la pintura. Precisamente, a finales de octubre tenía previsto exponer acuarelas en una sala de Villanueva de la Cañada, en Madrid.

Era viernes —día de rezo para los mahometanos— y había terminado la oración de mediodía, por lo que los numerosos fieles que acudieron a la mezquita comenzaban a salir. En ese momento un coche bomba explotó junto a la puerta sur del recinto sagrado. El imán Mohamed Baquer al Hakim, acababa de entrar en su coche para abandonar el lugar. Murió en el acto junto a sus guardaespaldas. Él mismo pidió a la coalición multinacional que, por respeto a sus tradiciones y simbología, los militares no patrullasen la ciudad santa de Nayaf (ubicada en la zona bajo responsabilidad de la Brigada *Plus Ultra*). En esta localidad, de millón y medio de habitantes y con un 90 por 100 de chiítas, no existen ni el toque de queda —que aún rige en Bagdad— ni puestos de control militares. Sin embargo, no era la primera vez que los chiítas sufrían atentados en la posguerra: días antes, otras tres personas habían muerto en otro atentado contra el ayatolá Said al Hakim, tío de Mohamed Baquer.

Acostumbrados a combatir, morir como mártires y seguir devotamente las directrices de sus líderes, el papel de la comunidad chiíta en la posguerra de

Los herederos de Alí

HOY en día los chiitas son entre un 10 y un 15 por 100 de los 1.200 millones de musulmanes que hay en el mundo. Pero hay dos países, Irán (con un 98 por 100), e Irak (el 60 por 100) donde son mayoría. Quizás porque fue en esta zona donde en el siglo VII se produjo la escisión que dio origen a esta rama del Islam. Corría el año 661 cuando se plantea la sucesión de Alí, primo y yerno de Mahoma y que dirigió el reino islámico como cuarto de los grandes califas. Una parte de los creyentes apostaron por su hijo Husein, pues creían condición *sine qua non* que el líder de los musulmanes debía tener sangre de Mahoma.

Nació así el Shiat Alí (partido de Alí), y, desde entonces, aquel enfrentamiento dividió para siempre a los musulmanes en sunies (literalmente seguidores de la ortodoxia) y chiies. Husein —cuyos restos descansan en la ciudad santa de Kerbala— fue traicionado cuando intentaba vengar la muerte de su padre Alí —enterrado en Nayaf— y, desde entonces, los chiies han cuestionado la legitimidad de los gobernantes de Irak. Todos los dirigentes de esta tierra, desde los otomanos hasta Sadam, han sido sunies y en mayor o menor medida han perseguido a la comunidad chiita que, no obstante, permaneció en la zona sur del país donde todavía hoy constituyen la mayoría de la población.

Con el paso de los siglos las diferencias entre unos y otros han ido aumentando, pero quizás la más importante es que para los sunies el imán sólo es el recitador en la mezquita, mientras que los chiies reconocen a doce imanes principales que son sus guías político-religiosos y marcan las pautas de conducta de la comunidad. Estos ayatolás tienen reconocido el derecho de *istihad* o interpretación de los textos sagrados y por tanto pueden emitir *fatwas* (edictos religiosos). Tras siglos de lucha, el chiismo cobró un especial protagonismo cuando, en el año 1979, triunfó en Irán la Revolución Islámica del

ayatolá Jomeini. Representante del chiismo más radical, muchos vieron con malos ojos una confesión que consideraron arcaica y fanática. Sin embargo, los talibanes de Afganistán, Osama Bin Laden o Sadam Husein —todos ellos sunies— han demostrado que el fanatismo no es sólo producto de las creencias, sino sobre todo de la barbarie del ser humano.

Durante el régimen baazista y suni de Sadam Husein las represiones contra los chiitas fueron terribles, con masacres de poblaciones enteras. Por eso, en la década de los ochenta, los imanes chiitas crearon un partido político, Al Dawa. Este partido, —que no participa en el Gobierno provisional— es hoy en día el más importante en todo el sur de Irak, huye de toda comparación con el modelo iraní y propone un Estado descentralizado, respetuoso con las minorías y multipartidista. El Consejo Supremo de la Revolución Islámica, fundado en Irán por el recientemente asesinado Al Hakim, es una escisión de Al Dawa.

Sin embargo, los verdaderos dirigentes de los chiitas son sus líderes religiosos. Actualmente en Irak hay cuatro grandes ayatolás que constituyen la llamada hawza, la más alta autoridad espiritual. Al Hakim era uno de ellos. Con su muerte, el liderazgo se disputa entre el moderado Alí Sistani, de 73 años (miembro de la hawza), y el joven Murtada Sayed al Sadr, que representa la postura más radical y expresa su claro deseo de que los extranjeros abandonen Irak. Hijo de un importante líder religioso asesinado por Sadam, este hombre impetuoso tiene miles de seguidores entre las clases más pobres, pero, debido a su juventud, no ostenta aún el rango de ayatolá y, por tanto sus edictos no tienen rango de Ley.

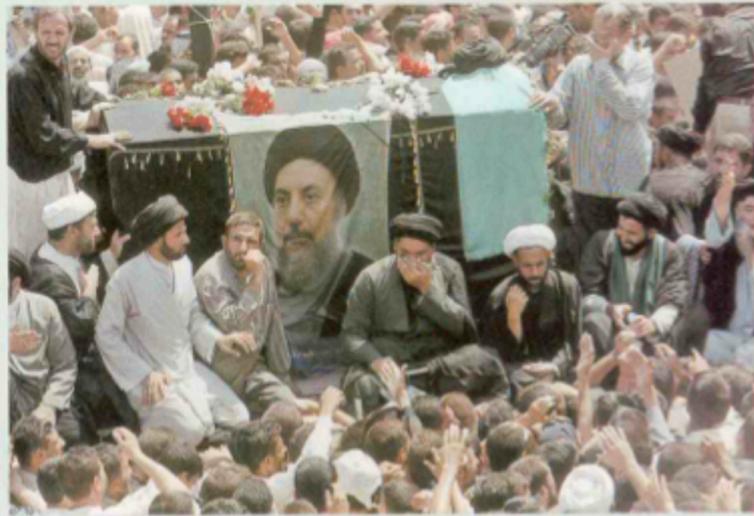
Irak (son mayoría prácticamente absoluta en la zona sur del país) será clave para evitar o promover una guerra civil. Tras el asesinato de Mohamed Baquer la tensión se palpaba en las calles de Nayaf y Kerbala. Sin embargo, y por el momento, la sensatez y la línea marcada por Al-Hakim se ha mantenido entre sus fieles. Este ayatolá impuso una pauta de conducta un tanto peculiar en estas latitudes: fervor religioso y oposición política pero con rechazo a la violencia. En el último discurso que pronunció poco antes de morir había condenado a los seguidores de Sadam por sus ataques a los soldados estadounidenses. Por eso quienes le mataron sabían muy bien lo que hacían.

El ayatolá Mohamed Baquer al Hakim fue un luchador nato por sus ideales. Pertenecía a un clan de mártires de Sadam: 26 miembros de su familia fueron asesinados por la policía política del régimen baazista y él mismo fue encarcelado y torturado entre 1972 y 1977. En 1980 consiguió huir a Irán donde, dos años después, fundó la Asamblea Suprema para la Revolución Islámica en Irak (CSRII) para coordinar la oposición de los chiitas al régimen de Sadam. Desde allí controlaba también las acciones de las Brigadas al Bader, brazo armado del CSRII que llegó a integrar a unos 10.000 combatientes. Fueron ellos los que, animados por Estados Unidos, protagonizaron en la primavera de 1991

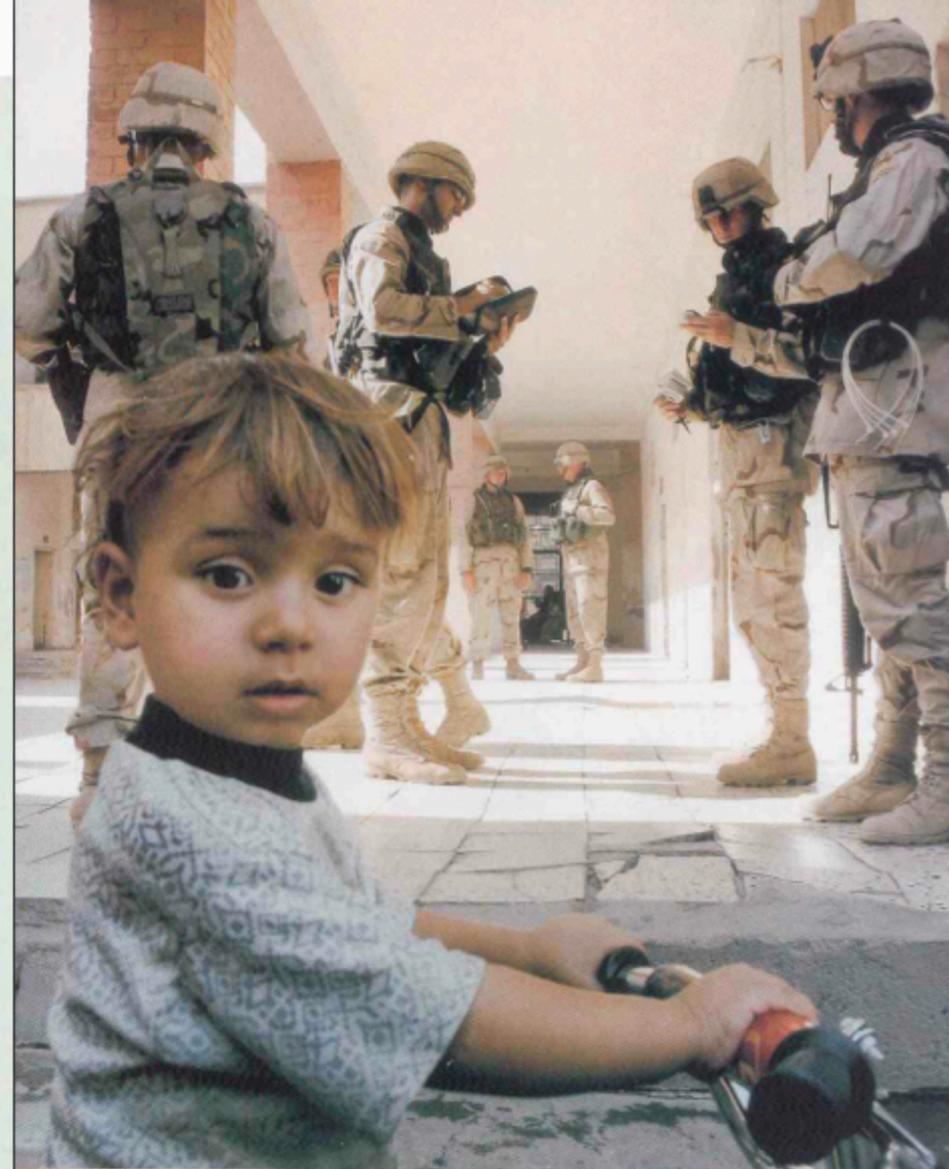
la rebelión en el sur de Irak contra Sadam. La represión fue brutal y todavía hoy el hallazgo de fosas comunes está arrojando datos sobre la masacre.

Quizás por ello, Al Hakim suavizó su postura y aunque defendía la caída del dictador evitó la lucha armada. Una vez derrocado Sadam, volvió a Irak y exigió la celebración de elecciones libres, la pronta retirada de las tropas extranjeras a la vez que aceptó colaborar con la Administración Provisional. Su muerte abre una gran incertidumbre sobre el futuro de la comunidad chiita.

Días después del atentado, las autoridades locales detuvieron a 15 personas supuestamente relacionadas con la masacre. Pero parece evidente que quienes



Cientos de chiitas durante el entierro del Ayatolá Mohamed Baquer al Hakim asesinado el 29 de agosto en la ciudad santa de Nayaf.



Soldados de la coalición patrullan una escuela en las inmediaciones de Bagdad.

idearon esta acción, al igual que los ataques contra la sede de la ONU o la embajada de Jordania, están todavía libres y forman parte de algún movimiento más o menos organizado que pretende desestabilizar al país. Según todas las hipótesis no hay un solo grupo de oposición, sino que en la mayoría de los casos se trata de terroristas aislados.

INVESTIGACIONES

Según reconoció Bremer, «en los últimos meses se están infiltrando en Irak terroristas radicales» que han convertido la lucha contra los estadounidenses en su particular guerra santa. Son *fedayines* venidos de países vecinos. También se ha barajado la posibilidad de que algunas células de Al Qaeda se hayan instalado en territorio iraquí, pero no hay constancia de ello. Sin embargo, Estados Unidos ha relacionado a la organización de Osama Bin Laden con el grupo Ansar al Islam, a quien responsabilizan de los atentados contra la sede de la ONU y la embajada de Jordania.

Ansar al Islam (Partidarios del Islam) es un grupo radical creado en el año 2001 en el Kurdistán iraquí. Su ideología está relacionada con las versiones más extremistas del wahabismo, que tiene seguidores en lugares como Bosnia, Chechenia o Afganistán. Su particular versión del Islam es absolutamente arcaica y radical, muy similar a la de los talibanes. Mermados por su enfrentamiento con los kurdos de la Unión Patriótica del Kurdistán, algunos expertos dudan en su capacidad de acción.

Tampoco se sabe con exactitud hasta dónde llega el poder de los seguidores de Sadam. En una grabación difundida por la cadena Al Yazira días después del asesinato de Al Hakim, el ex dictador niega toda relación con este hecho y llama a su pueblo a mantener una «heroica resistencia» contra los «agresores extranjeros». Desmantelado todo su entramado militar y policial, la pregunta es saber quién le sigue apoyando para que todavía hoy no haya sido detenido.

Paul Bremer y el secretario de Defensa de EE. UU. Donald Rumsfeld, analizan un mapa de Irak.

Rosa Ruiz